

## Apuntes para una lectura de estudio

*“Siempre imaginé que el Paraíso  
sería algún tipo de biblioteca”*

*Jorge Luis Borges*

José R. Villalón Sorzano  
Catedrático-Departamento de Humanidades  
UPR-Ponce

### Resumen

Después de algunas consideraciones generales sobre la naturaleza del fenómeno de leer, en especial de la lectura de estudio sobre la Naturaleza, el Arte o las ideas, es decir, la lectura “para comprender”, el autor presenta la visión de los textos como reflejos lingüísticos de la realidad, e invita a explorarlos por medio de siete fecundas estrategias para la interpretación. Señala después los campos de las lecturas científicas, las jurídicas y de las materias trascendentes como necesitadas de precauciones particulares.

Palabras clave: lenguaje, texto, signo, referentes, metáforas

### Abstract

After some general views on the nature of the act of reading, especially of the kind of reading for the purpose of understanding Nature, Art or ideas, the author reflects on texts as linguistic mirrors of Reality and invites readers to explore seven productive interpretation strategies. He then points to the fields of scientific, juridical, and transcendent-subject readings as needing awareness of certain specific features of these texts.

Key words: language, text, signs, referents, metaphors.

Difícilmente, en una exposición del tema de leer, podría un solo texto dar una visión cabal de lo que comporta la operación de la lectura. Y este modesto artículo, por supuesto, no pasará de ser un trabajo parcial. Pretende, en efecto, referirse mayormente a la lectura de estudio. Sin esta advertencia, podría “amontonar carbones sobre mi cabeza” (intrigante expresión paulina), particularmente lanzados por aquellos consumados lectores cuyo principal objetivo al leer es la exhilaración<sup>1</sup> del ánimo, el goce, el juego intelectual, el solaz.

Pero la lectura de estudio, que puede por cierto estar acompañada de muchas formas de fruición, tiene también, junto a la función exhilarante, unos propósitos de rancio abolengo. Baste pensar que la lectura es una actividad provocada... por la invención de la escritura. ¿Qué impulsó al Hombre antiguo a la escritura? Una de las razones más primigenias e imperativas, sorpresiva quizás para muchos, pero que nos revela el examen de los textos más antiguos, era la necesidad de conservar inventarios. Los inventarios mencionan los bienes y pertenencias de nuestro entorno que debemos tener presentes

porque constituyen las cosas que nos ayudan a vivir. ¿Cuántas pacas de lana, cuántos manteles ceremoniales produjo el grupo de obreras de la ciudad de Tebas en el presente año? El inventario histórico certifica también las identidades de los responsables del buen funcionamiento de la ciudad: la escritura genera comunidad: ¿cuáles son los altos funcionarios – cuyos nombres y rango se conocen hasta en las lejanas Pilos y Knossos – responsables de las complejas festividades rituales? Tales son los contenidos habituales de las tabletas de barro de la escritura silábica “lineal B” desde el lejano año 1420 A.C. en varias ciudades micénicas<sup>2</sup>.

El Hombre ha sentido la necesidad de preservar el recuerdo de datos precisos acerca de sus actividades económicas, técnicas, políticas, religiosas, etc. a fin de dar dirección y continuidad a sus proyectos. ¡Esencial función de la memoria para la preservación de la identidad! Tal necesidad, experimentada al principio como social, fue siendo progresivamente reconocida como imperiosa necesidad de cada persona educada. Cada individuo necesita tener un inventario confiable de datos y conceptos que le permitan el ejercicio autónomo del pensamiento. El tesoro inigualable de la memoria necesitaba un instrumento de apoyo que comenzó siendo visual-simbólico, representando primero ideas pictóricamente, luego incorporando representaciones visuales de sonidos de términos, luego de sílabas, y finalmente de letras.



**IDEOGRAPHIC WRITING**

Ancient Sumerian	Ancient Egyptian	Chinese
 Eye	 See (verb)	 Eye
 Forest	 Water	 Water
 Mountains	 Cities	 Mountain
 Torch	 Fire	 Fire
 Person	 Men	 Person
	 Women	 Woman



Hoy día tales símbolos se han enriquecido con toda índole de recursos, pero al parecer la palabra escrita seguirá siendo la base más confiable para expresar ideas exactas. Por más que la imagen fotográfica y el sonido –vehículos que añaden más intensamente los valores adicionales de

lo sensible y de la emoción— solo la escritura subraya y preserva excelentemente ese valor único de la estructura *articulada* del lenguaje, que ya Homero celebra como excelso privilegio de nuestra especie<sup>3</sup>.

Visto desde ese ángulo, se agudiza la consciencia de cuánto perdemos cuando carecemos de destrezas para extraer de la lectura todo el fruto que ella puede rendir.

Todos quisiéramos sacar el máximo de nuestras lecturas. Y todos lo podemos hacer con gran provecho si entendemos mejor con qué actitudes debemos leer y en qué cosas concentrar nuestra atención mientras lo hacemos. Leer con gran provecho resulta de hacer una lectura durante la cual uno esté atento, no solamente al sentido de lo que está leyendo, sino igualmente atento a sí mismo (a lo que uno es, a cómo lo afecta a uno lo que va leyendo, a las emociones que suscita la lectura), atento al recuerdo de otras cosas que se han oído o leído sobre el tema, atento a lo que el texto leído revela sobre el autor, sobre el mundo y las circunstancias en que tal texto es posible, a las teorías que sirven de trasfondo a lo que se va leyendo, a lo que se puede hacer con lo que se va leyendo, a las intenciones del texto y de lo en él narrado (que no son siempre idénticas) a los fundamentos de todo género que pueden dar peso a lo que el texto dice.

Lo dicho anteriormente implica que no todo texto, y no todas las veces, se entiende mejor al hacer una lectura de corrido, sin interrumpirse y sin incorporar otras operaciones: de consulta, de vuelta atrás, de tomar notas, etc. Hay que tratar de entender todas las

palabras, todos los giros, reconocer las alusiones a otros textos...

El hecho de que uno pueda volver a narrar lo que se ha leído, o repetir los principales argumentos contenidos en un texto, no es, ordinariamente, una prueba de que se ha leído con toda la profundidad con la que es posible leerlo. Cierto que esto se considera ya un logro en los niveles simples de lectura, pero en tal recuento no hay nada que muestre que uno ha pensado sobre la obra y la ha entendido a niveles profundos o complejos. En ese primer ejercicio se estaría simplemente pidiendo el nivel más bajo de comprensión: la retención inteligente de lo que se ha leído. Este nivel no implica necesariamente que el lector tenga los elementos para iniciar un juicio crítico sobre lo leído. Para asegurarse de que se ha hecho lectura profunda hay que hacerse, además, preguntas que le permitan al que las conteste emprender algo con lo que sabe: utilizar la información de fondo que tiene, y la que ha obtenido recientemente con la lectura, relacionándola con conceptos, clasificaciones, períodos, secuencias, ideologías, teorías, etc., etc. Todo el arte de la lectura profunda está en relacionar.

\*\*\*

Todo acto de lectura supone un texto. Por texto se puede entender, en sentido estricto, una unidad o fragmento, escritos, del discurso<sup>4</sup> humano. Pero en sentido amplio, el Universo, la Naturaleza, la ciudad en que vivimos -con toda su complejidad- en la medida en que los conocemos, son otros tantos textos cuya lectura nos enseña muchas cosas. De hecho, sin haber aprendido a

leer esos textos, de poco nos valdría leer los textos escritos: los primeros son una condición necesaria para entender los otros. De paso, observemos que la “lectura” de estos “textos” tampoco se hace de corrido. Leer un texto es comprenderlo contra el trasfondo de lo que ya sabemos o podemos saber, y hay que volver varias veces sobre ciertos párrafos. Compárese esto con lo que dice Luis Rafael Sánchez en reciente artículo periodístico, si no sobre la lectura, sobre el acto gemelo de escribir: un buen escrito es el resultado de haber borrado mucho.

Cada persona que ha hecho una lectura mínima del mundo tiene en su cabeza un discurso en gestación. Los escritores han echado a rodar, en sus textos, su lectura del mundo. Cuando nosotros los leemos, no es como si jamás hubiésemos pensado sobre el mensaje recogido en esos textos ni como si fuera la primera vez que oímos las palabras en el texto contenidas. Es, por el contrario, casi siempre, una vuelta a nuestras anteriores experiencias de consciencia. Lo que se produce, pues, es un encuentro entre *mi* lectura -en parte implícita- de la parte del mundo a la que alude el texto, y la lectura que de ella ha hecho el escritor. Tomando en cuenta esta realidad, podemos ya avanzar la siguiente pequeña técnica para alcanzar mayor provecho de la lectura en algunos casos. Cuando recibimos un texto que tiene un título -de esos que mencionan lo esencial del mensaje del texto<sup>5</sup>- podemos leer el título y en seguida detenernos. Antes de leer el cuerpo del texto, podemos entrar en nosotros mismos y preguntarnos cómo está organizada esta parte en **nuestra** lectura del mundo, o por lo menos, qué partes, subdivisiones, actitudes generales y puntos de vista son de esperar en tal

texto. De esta manera, cuando empecemos la lectura estaremos comparando nuestra lectura del mundo con la de otros. Será una lectura activa y más fácilmente crítica.

En la lectura de estudio se va principalmente en busca de unos conocimientos expresamente deseados. Uno escoge lo que quiere leer en vista de algo de lo que quiere enterarse. Y es gran virtud perseverar en perseguir el objetivo conscientemente escogido, incluso si ello implica abandonar un texto comenzado a leer. El buen uso del tiempo de lectura, siempre limitado, exige a menudo esta disciplina. En algunos casos lo que se busca es solo vagamente intuido y la búsqueda se dirige a puntos que uno considera que pueden indicarnos la ruta a lo buscado. En cualquier caso, la experiencia de muchos lectores es que a veces se encuentran cosas maravillosas que no se estaban buscando. Aprovechar ese encuentro con un “tesoro escondido” o una “perla de gran precio” exige más que nada encontrar un área de nuestro esquema mental de la realidad en la cual el descubrimiento puede inscribirse, o concienciar<sup>6</sup> el hecho de que pertenece a un área de la realidad o de la cultura que hasta ahora desconocíamos que existía. A menudo es así como expandimos nuestros horizontes intelectuales.

### **La lectura de textos literarios y otros textos plenos**

No todo texto es un texto pleno. Aunque mucha gente no lo nota, hay ciertos textos escritos con determinadas *constricciones* que el autor se autoimpone. Un buen ejemplo de esto son los libros escolares, los textos de enseñanza a todos los niveles. En ellos, por ejemplo, los autores no se permiten

“abrir su alma”, manifestar mal humor, traer anécdotas personales. No es frecuente tampoco encontrar en estos textos ingeniosas transposiciones de secuencias, anticipaciones, metáforas atrevidas.

Los textos conversacionales del lenguaje ordinario son en general textos más plenos, pues uno entiende que puede usar todos los recursos que sean comprensibles al interlocutor, real o imaginado. No se espera tampoco que el uso de la gramática preceptiva sea tan estricto. Saltarse ciertas reglas de la gramática no es caso infrecuente, y no siempre debe ser tachado de ignorancia. Después de todo... cada individuo tiene perfecto derecho a escoger lo que quiere expresar por los medios del lenguaje creativo.

Un texto literario es también en general un texto pleno, porque en principio se trata de lograr un discurso de belleza y de excelencia, no solo en el sentido profundo de lo que se dice, sino en la variedad y riqueza de los medios usados. Naturalmente, hay excepciones, como las interdicciones que, con propósitos artificiosos, inventaron para sí mismos ciertos autores del *Nouveau Roman* francés. Pero las ausencias, carencias y silencios son también ricas formas de expresión, y un buen lector debe intentar descifrar su sentido.

A continuación se encontrarán algunas reflexiones sobre diversos aspectos que se pueden aprovechar para estimular la profundidad de la lectura de textos. Las sugerencias que siguen se refieren en primer lugar a textos narrativos, literarios o no. También tendremos en cuenta, parcialmente, textos descriptivos ensayísticos,

históricos, filosóficos, etc. En general, lo dicho se refiere mucho menos a temas de ciencias naturales o matemáticas en forma de tratados, aunque se hará alusión a ellos más adelante.

### Estrategias

Una primera estrategia es dirigir la atención hacia el autor de la obra. En cuanto la lectura es un acto de comunicación, en el cual nos toca en buena medida la función de receptor, aunque no pasivo (como en el caso de un aparato de radio encendido, pero que nadie está escuchando). Somos receptores personales; estamos supuestamente recibiendo un mensaje emitido por una persona, y este mensaje lleva casi siempre grabados o superpuestos los efectos que, en el mensaje, pasan del emisor al a la persona del receptor. Comprender este último tiene que ver con la posibilidad de hacerse una idea más exacta del emisor como persona, o también como artista. Así, en vez de atender solamente al mensaje, como cuando atendemos exclusivamente al personaje o los personajes (en el caso de narraciones) o hacia las ideas, que son como los personajes de un ensayo, separamos un espacio para atender al autor.

Hoy en día hay una tendencia a opinar que el lector es propietario total del texto que lee; que puede interpretarlo o manejarlo como lo decida. No tiene sentido contradecir a los que así opinan. Si eso es lo que quieren ¿quién se lo podría prohibir, o siquiera reprochar?

No obstante Derrida, este uso lúdico o fantasioso del texto se desvía ciertamente del objetivo habitual de la lectura. Uno no se convierte en menos

rico por entender un texto como cree que quiso el autor que se entendiera. Esta es una de las mejores dimensiones de la comunicación. Por lo menos, este proceso debería ser el primero de toda lectura, y opino que es el más obvio e importante, aunque después uno decida utilizar este texto como base para la propia creatividad. Además, hay que tener en cuenta que construir de la propia cosecha sobre un texto ajeno implica haber comprendido primero en alguna medida lo dicho en el texto.

Del autor se puede preguntar:

- a. ¿Cuál es su posible intención al relatar de determinada manera el orden o secuencia, el vocabulario, la selección de hechos, la selección de conceptos?
- b. ¿Qué visión de mundo (“cosmovisión”, ideología, etc.) revela al contar, al caracterizar, al censurar o aprobar, al callar un particular, al escoger un vocabulario o una temática?
- c. ¿Qué rasgos del texto o de sus partes apoyan la idea de la pertenencia del autor a un movimiento, un género literario, una época?
- d. ¿Qué recursos usa (figuras de lenguaje, estrategias narrativas, ruptura de normas, sorpresas, vocabulario especializado, fórmulas estereotipadas, punto de vista del narrador, distinción entre el narrador y el autor, etc.), y qué resultados positivos obtiene con ellos?

Una segunda estrategia (quizás la más mencionada al hablar de lectura a niveles complejos) es atender a los elementos de análisis del texto o de sus

partes. Se suelen mencionar los tres pasos esenciales del análisis:

- a. ¿Qué argumentos hay para establecer las divisiones del mismo, su principio, su final, sus partes? (Para analizar hay que separar unas de otras todas las partes del texto; el procedimiento ordinario es teniendo en cuenta la puntuación<sup>7</sup>). El análisis podría circunscribirse a una parte o sección de un escrito mayor. En ese caso, debe tomarse cuidado de que el segmento a analizar tenga las características de un “todo”, aun dentro del hecho evidente de que está incluido en una unidad mayor. (Nadie analiza, con sentido, *medio dedo*)
- b. ¿Qué relaciones hay entre las partes o elementos separables que se han identificado en el segmento que se ha decidido analizar: simetría, oposición, antítesis, dependencia, variación, relación especular, secuencia, causa-efecto, anticipación-preparación, “coda”, ruptura, repetición, anuncio-realización, pregunta-reacción, exposición-nudo-solución, y, literalmente, *miles* de otras relaciones?
- c. En vista del conjunto que forman esas relaciones, qué idea, imagen, posición moral, rasgo de los personajes o del lenguaje, situación espacio-temporal, estructuración ideológica, etc., sirve de principio integrador del texto, permitiendo interpretarlo como un todo, poseedor de determinadas excelencias.

Todo lo anterior tiene que ver con la **ESTRUCTURA** del texto. Es un análisis estructural.

Una vez que las divisiones o partes, las relaciones y el principio

integrador están identificados, ayuda preguntarse qué FUNCIÓN juega en el texto la forma de dividirlo, de relacionar sus partes, o qué FUNCIÓN tiene la selección de tal principio integrador más bien que tal otro. Un buen autor arregla la estructura para que sus partes cumplan una función.

Los textos también tienen su historia, la cual puede ser igualmente objeto de análisis y suele revelarnos muchas cosas insospechadas. El análisis de la historia de un texto comprende la historia de su redacción, en las que muestran capas, etapas, influencias, interpolaciones, glosas, recensiones, ediciones, que van mostrando un cambio. También tienen una historia las formas lingüísticas (fórmulas, expresiones, vocabulario) que revelan su pertenencia a épocas, movimientos, autores, etc.

Una tercera estrategia, complementaria del análisis, es la síntesis. Es cierto que a la tercera fase del análisis (la búsqueda del principio integrador del *todo* que es el texto analizado) también se le puede llamar *síntesis*, puesto que esto es lo que significa etimológicamente la palabra griega *synthesis*: “poner junto”. Los elementos significativos cobran un sentido cuando se vuelven a poner juntos, después de haberlos considerado por separado.

Pero hay otra operación mental *diferente*, complementaria de aquella antes señalada, que merece aun con más razón llamarse síntesis. Expliquemos: puesto que todo en la Realidad está estrechamente conectado, ninguno de los constituyentes individuales de esa Realidad puede entenderse cabalmente sin examinar otros constituyentes con los

que cada uno está conectado, o en los cuales incluso puede estar subsumido, como cada individuo humano no es cabalmente entendido si no se tiene en cuenta el entorno, físico y cultural, de que forma parte. Pensemos, por ejemplo, que ningún organismo vivo es totalmente entendible si, por el necesario metabolismo, no consideramos el medio ambiente de donde proviene la materia que literalmente lo “atravesa”. Y del medio ambiente inmediato ascendemos por etapas hasta unidades mayores que nos llevan hasta la relación con la totalidad del Universo.

Así pasa también con los textos. Una vez que hemos podido ganar comprensión profunda del todo que forma el texto, del sentido de su mensaje, de su integración y dependencia de contextos, estamos listos para pensar en algo más grande: (¿Cómo se relaciona este (pequeño) todo cuando se comprende como una parte de un todo mayor? Todo texto sostiene un discurso, y todo discurso humano está relacionado (por semejanzas, diferencias, oposiciones, estructuras, etc.) con el discurso de una época o de una clase social, etc.) ¿Cómo se puede empatar lo recogido en el texto con los siguientes elementos? :

- a. Los otros textos afines, por ser del mismo tema, del mismo autor, por ser de la misma ideología, del mismo tono emocional, etc.
- b. Los otros textos que conozco sobre el tema o el asunto: si son más o menos completos que el actual, si comparten los presupuestos.
- c. El texto al que se le practica un ejercicio de síntesis se contempla al fin dentro del discurso amplio de la literatura de un género, de una literatura nacional, de una época

- histórica, de una cultura humana.
- d. El conjunto de mi cosmovisión: ver si encaja, si no encaja, si debo revisar mi cosmovisión, o si debo más bien rechazar la propuesta del texto.
  - e. Y nada impide remontarse hasta otros mundos posibles, en donde cuenten las mismas reglas, o reglas diferentes.

Hay que tener en cuenta, para comprender la importancia de la síntesis, que en la mente humana, el *sentido* de las cosas surge de la consideración del *todo*, lo mismo en los acontecimientos de la propia vida que en las incidencias de la historia. Hay pensadores que han señalado, con muchísima razón, que el Occidente moderno descuida ampliamente este tipo de síntesis, entregándose, entre otras cosas, a un individualismo incapacitante y distorsionador.

Una cuarta estrategia, también sumamente productiva, es la de preguntarse lo relativo a los contextos. Esta estrategia es similar a la anterior, pues los contextos son “partes” y juntos forman un “todo”, pero ciertos contextos pueden estudiarse singularmente, por encontrarlos particularmente significativos. Los contextos iluminan las características de la obra, y la obra aclara los contextos y nos revela algo de los mismos. A veces leemos las obras más por el interés de lo que nos revelan sobre sus contextos que por lo que las obras mismas dicen. La lectura de la *Iliada* en un curso de Cultura Occidental, por ejemplo, no solo se hace por su valor estético, sino porque nos ayuda a comprender el desarrollo “orgánico” y progresivo de la civilización y en particular las características de la cultura

micénica. Si además, sabemos que Homero compuso sus cantos unos cuatro siglos después de sucedida la guerra que describe, podremos pensar que era en el contexto del siglo VIII en el cual Homero comprendía los acontecimientos de aquella contienda, ya lejana de su época. No nos extrañaremos, por ejemplo, de que Homero no comprendiera el uso de los carros de guerra en la época de los hechos que narra<sup>8</sup>, cuando sabemos que en la época en que vivió no se peleaba con carros.

En ese sentido:

- a. Las *obras* tienen contextos:
  - ✓ Pueden ser las primeras, las últimas o las intermedias que se han escrito por ese autor o en un determinado género.
  - ✓ Tienen influencias o citas de otras, o influyen a las que le siguen. (Intertextualidad, correferencialidad)
  - ✓ Se refieren a lugares, épocas, tradiciones de las cuales son típicas o por lo contrario, contestatarias o innovadoras.
- b. Las *secciones* de las obras tienen contextos
  - ✓ Tal expresión adquiere tal significado por estar en tal parte de la obra.
  - ✓ Tales acciones, objetos, narraciones están fuera de contexto.
- c. Los *autores* de las obras tienen contextos.

Hay que establecer, sin embargo, un balance entre el estudio del contexto y el estudio del texto propiamente dicho. Sin ese balance, el texto puede convertirse en simple pretexto. Tal cosa no constituye necesariamente un pecado, pero cambia radicalmente la perspectiva

desde la que elegimos leer. Quizá, por ejemplo, no busquemos entonces la belleza de una poesía (como la de Homero en la *Ilíada*, por ej.) sino las características antropológicas de que son muestra los escritos de ese período arcaico de la cultura. En este caso estaremos cultivando más la antropología que la poesía. Tal actitud es lícita, si es realmente eso lo que perseguimos.

Una quinta estrategia es fijar la atención en el *tema* que se desarrolla a través del *asunto* y de la acción o trama. (La distinción entre tema y asunto es sumamente productiva). Quizás no hay más de dos docenas de temas cruciales en la existencia de los hombres a través de la historia. Enfocarlos bien al describir el asunto particular de una obra es la clave del éxito en la excelencia del texto.

- a. Los temas tienen su historia: cada época ha adoptado una posición sobre el significado de los principales temas. La manera de tratar los temas a través del tiempo revela el progreso o la decadencia. Puede ser del mayor interés seguir lo que se llama *la historia de las ideas*. El tema del *trabajo*, por ejemplo, da un giro de 180 grados entre el momento en que se le asociaba con castigo y abyección y el momento en que se le considera fundamento de la dignidad del ser humano. Es revelador que el novelista Benito Pérez Galdós en una de sus obras ponga en boca de un personaje entendido en la época como eminente unas palabras que evidencian su total desfase cuando declara: “¿Trabajar? ¡Yo nunca me he rebajado a tener que trabajar!”. Tal evolución es paralela al

desarrollo de la economía desde la Revolución industrial y desde las revoluciones sociales modernas.

- b. Hay temas predilectos de ciertas épocas, de ciertos autores, de ciertos géneros, de ciertas ideologías. La manera diferente de tratarlos revela mucho de dichos autores, géneros, ideologías, y preguntarlo permite comprender mejor el texto y las variables mencionadas.
- c. El autor demuestra su pericia en el tratamiento del tema, que en el caso de la narrativa es mayormente en forma indirecta, a través de la descripción de la acción en el asunto.
- d. Puede ser muy interesante relacionar el *asunto* que desarrolla el autor con un *tema* más general y abarcador al que tal asunto pertenece. Un tema bien general puede ser, por ejemplo, la muerte. Un asunto dentro de este tema puede ser la muerte de un indigente, y otro asunto, una muerte injusta de un trabajador, o de un magnate. Entonces se reflexiona sobre el acierto o desacierto de la elección de un asunto para aludir o exponer un determinado tema. Cualquier texto puede ser interesante, no importa cuál sea el asunto, si el tema es de interés vital. Pueden expresarse dudas o preguntas acerca de si con determinado asunto quiere el autor referirse al tema tal, o si por lo contrario el verdadero tema es otro.

Una sexta estrategia es fijar la atención en el lenguaje. El lenguaje es el *medio* que usan los textos, en el mismo sentido que las artes plásticas usan los materiales, colores, texturas, etc. y las artes de la ejecución usan el movimiento corporal. Usar con excelencia ese medio

que es el lenguaje constituye un gran acierto en la escritura. En otra línea de análisis, puede ser interesante comparar un texto de literatura oral con uno originado desde el primer momento como escrito. Sus lenguajes tienen características diferentes.

Antes de entrar en consideraciones habituales sobre el lenguaje, sería importante hacer una reflexión filosófica, de connotaciones gnoseológicas y lingüísticas. El lenguaje es el vehículo del pensamiento y, por ende, del conocimiento. Pero no todos los lenguajes tienen la misma relación entre los términos y los significados. Hay que conocer qué tipo de lenguaje está usando el autor. Ahora bien, al presente –y durante amplísimos períodos en el pasado– la mayor parte de los autores tienen vagas nociones acerca de las implicaciones gnoseológicas de algunos de los lenguajes que emplean, haciendo a menudo un uso híbrido de los mismos, e incidiendo en la misma hibridez en la interpretación del lenguaje de los demás. Esta es la razón principal de la mayor parte de las incomprensiones y malas interpretaciones en la lectura. Un lector moderno diestro debería conocer al menos la diferencia entre el lenguaje unívoco -usado más estrictamente por la ciencia, pero también ampliamente presente en nuestro discurso cotidiano y en obras de entretenimiento- y el lenguaje metafórico, sobre todo cuando rebasa las metáforas transparentes del día a día, y se adentra en temas como los trascendentes. En muchos de estos últimos casos, la metáfora se convierte en radical, y provoca una dualidad de significados, de los cuales el significado literal o recto resulta siempre falso, y obliga a encontrar un significado oblicuo. Un estudio más detenido de este

importante punto no puede ser objeto de desarrollo ulterior en este contexto. Existe también un tipo de lenguaje filosófico, llamado a menudo el lenguaje del pensamiento análogo (que ostenta diversas variedades), pero es poco conocido actualmente, incluso entre los intelectuales<sup>9</sup>.

La atención al lenguaje se vuelve más productiva cuando se consideran las implicaciones de los siguientes casos.

- a. Hay lenguajes sencillos, los hay rebuscados, los hay desnudos de metáforas, los hay simbólicos, irónicos, directos, soeces, elevados, violentos, etc. Cada uno de los mismos puede ser más o menos adecuado para un tema o un asunto. La selección de uno de ellos por el autor puede ser acertada o fallida. (Considérese la diferencia abismal entre el erotismo lírico y la pornografía)
- b. La lengua tiene variaciones mayormente en el léxico (vocabulario), el estilo, la sintaxis (corrección, rupturas voluntarias). Estas variaciones, conscientes o inconscientes, son siempre significativas, indicativas.
- c. El lenguaje, si por un lado es un valor, por el otro es un obstáculo: las palabras no sólo revelan, también ocultan, disimulan, o hasta deforman las ideas. Nadie puede decir todo lo que quiere con el lenguaje. Hay cosas, ideas, experiencias *inefables*<sup>10</sup>, para entender las cuales es preciso trascender el lenguaje en que están expresadas. Está en orden la pregunta: "¿Qué está tratando de decirnos el autor?" Algunos indicios de estas dificultades con el lenguaje, indicios de inefabilidad

son: las vacilaciones, las reiteraciones, la acumulación de variados recursos.<sup>11</sup>

- d. Todo lenguaje tiene un código, y las variaciones a las que el autor del texto somete ese código son significativas: hay que estudiar todo lo que se aparta de la normalidad del código. Hay críticos que consideran que la poeticidad de un texto –y hasta su lugar en la historia de la literatura- se pueden evaluar por la frecuencia de la ruptura exitosa de los códigos lingüísticos en el lenguaje poético frente al lenguaje ordinario.<sup>12</sup>

Una séptima estrategia es preguntar por lo que hace bello un texto. En un cierto sentido, la belleza nunca cambia, pues lo que hace bello un ser o un acontecimiento es siempre algún tipo de armonía o conexión entre sus partes, pero dicha armonía o proporción puede estar cifrada en tan diferentes características o relaciones, que los creadores de belleza han podido escoger siempre distintos elementos con los cuales expresar (algunos), y detectar (otros) dicha armonía o conexión. En la pintura, por ejemplo: color, línea, dimensiones, matices, perspectiva, simetría, balance, tema, sentido, proporciones, material, ubicación, tono emocional, nivel conceptual, clases de estilo, elementos deliberadamente ausentes, sustitución de todos por partes, etc.,etc., pueden ser todos componentes de la impresión de belleza.

La belleza de los textos puede provenir de cuatro dimensiones que interactúan, y uno puede preguntar por cada una de ellas. Estas, señaladas con diferentes énfasis por pensadores de todos los tiempos, son:

- a. La belleza es la irradiación de un **orden** (sobre todo de formas, pero también de materias). En este sentido, san Agustín define la belleza como *splendor ordinis* (el esplendor del orden). Cuando este orden se revela al intelecto (que es el esfuerzo del Hombre por crear un orden) la Belleza se hace patente al observador.
- b. La belleza resulta de la excelencia en la expresión de un mundo, de una realidad (objetiva o subjetiva, existente o imaginaria). Aristóteles, en un sentido muy especial relaciona la belleza de la obra de arte con la *mimesis*. (Pero Aristóteles ha sido muy mal entendido por los que rechazan la mimesis como constitutivo esencial de la belleza).
- c. La belleza resulta de la comunicación de una emoción. La belleza originaria de la cosa o el evento creador, más aun que el texto, la obra plástica, o el performance<sup>13</sup> producidos, es la vivencia excepcional del artista al producirlos y la del observador al captarla (“Beauty stems from a powerful mental experience”, pero “Beauty is -also- in the eye of the beholder”). Así, el texto, la obra plástica o el performance son más bien los testigos evocadores del momento sublime.
- d. La belleza resulta de la excelencia con que está usado un medio (en nuestro caso el lenguaje) en la preparación del producto (en nuestro caso el texto).

Por otra parte, como antes mencionado, nada nos obliga a mantener la literalidad del texto, aunque esto no es ya estudio del texto en sí, sino de sus posibles usos para la creación personal y la interacción con la belleza. Parte de la lectura y de su profundidad puede consistir en superarlos textos, transformarlos, transfigurarlos,

transreferenciarlos, y en algunos casos (no todos) deconstruirlos (Jacques Derrida). Nosotros estamos en plena libertad de imponer a los textos sentidos insospechados por sus autores. Podemos convertirlos en textos diferentes. Pero esto no necesariamente destruye el valor del texto originario y puede o no crear nueva belleza. Si los textos que nos son dados contienen ya ficción, parodia, hipérbole, transposición de contextos, ontologización, prosopopeya, a nuestra vez podemos someterlos a ironía, sublimación, parénesis, absolutización, degradación, etc. Así no solamente habremos creado nuevos textos reales o posibles, sino que habremos tomado la necesaria distancia con respecto a los textos examinados como para poder jugar con las perspectivas desde las cuales pueden ser vistos.

### **La lectura de textos científicos y otros similares**

Si nos volvemos ahora hacia la consideración de la lectura profunda de textos científicos, de textos de descripción precisa del mundo, o más bien, de alguna de sus partes, será necesario hacer algunas observaciones previas. Comencemos por decir que tales textos usan un lenguaje que tenemos derecho a llamar alterado. Lo que falta en este lenguaje es el grado abundante de ambigüedad. El lenguaje natural, prosaico o poético, es proporcionalmente mucho más ambiguo. La ambigüedad, que en ciertos casos puede ser un obstáculo, es también un valor y una riqueza que nosotros sabemos aprovechar muy bien de día a día. La ambigüedad está íntimamente ligada a la naturaleza de la metáfora. Se puede decir que la metáfora -la capacidad de aludir a una

cosa por el nombre de otra- es intrínseca al lenguaje: no se puede eliminar en forma absoluta la metáfora en ningún tipo de discurso. Uno de los ingredientes más productivos de la disciplina llamada etimología es la detección de la naturaleza metafórica, en lenguas anteriores, de las raíces léxicas. Sin embargo, el lenguaje científico trata de reducir a un mínimo lo metafórico. Para ello se vale de la creación del *término técnico*. El término técnico adhiere muy de cerca a las reglas de la lógica formal, incluyendo los mapas conceptuales. El término técnico se separa –en medidas muy variables– del significado del mismo término en el lenguaje ordinario. La lectura profunda de textos de naturaleza científica exige un conocimiento exacto y preciso de los conceptos y un dominio, al menos empírico, de la lógica. Mucha gente que no ha tomado cursos formales de lógica ha derivado indirectamente el conocimiento de la misma, no obstante esta carencia a partir de su roce con el lenguaje científico (y también con el jurídico). Esta es una manera de darle una profundidad insospechada a la lectura científica: uno se fija no solamente en la materia de que se está hablando, sino que poco a poco se da cuenta de que esta forma del discurso humano está gobernada por unas reglas que tienen aplicación extensa en el mundo. Hay una gran correspondencia entre la estructura de la realidad y la estructura del pensamiento, aunque no es el pensamiento el que determina lo que es real y lo que no lo es. Pero en la expresión del pensamiento por el lenguaje, tal correspondencia se altera, produciendo tres formas de pensamiento según la naturaleza del lenguaje usado. En los diversos textos se evidencian así tres formas de pensamiento que debemos

a toda costa identificar como distintos, y alguna de ellas como prevaleciente en el texto estudiado. Se puede tratar, en efecto, como ya afirmamos más arriba, de un pensamiento *unívoco*, al cual se ciñe como único legítimo la ciencia. O se puede tratar, en otros casos (no científicos en el sentido estricto de esta palabra) de un pensamiento filosófico *análogo*, al que accede cierta filosofía gracias a abstracciones que precisan la naturaleza íntima de las diferencias entre realidades que comparten naturalezas relacionadas y denominaciones lingüísticas; y de un pensamiento metafórico, con más variabilidad de sentidos, que puede llegar hasta a la radicalidad del mito, en que el sentido recto es siempre desconcertante, mientras el sentido oblicuo puede ser iluminador.

Volviendo al caso del texto científico, el Mundo adquiere en la mente del lector una gran coherencia. Esta realidad es la que explica que muchos de los científicos de profesión sean -al menos en su campo- unos excelentes razonadores. Sin embargo, cuando se salen de su especialidad, a veces no saben reconocer lo expresado con otras formas de pensamiento y lenguaje, de realidades que no pueden ser comprendidas mediante el pensamiento unívoco.

No es solo la ambigüedad lo que hay que reducir en el texto científico, el cual tiene que reducir también a un mínimo la influencia del escritor sobre el texto. Los significados del texto científico deben ser los mismos, cualquiera que haya sido su autor. El texto científico tiene como presupuesto la inalterabilidad de los contextos (todas las otras variables permaneciendo iguales). En el texto científico, lo que se

analiza no es el texto en sí, sino la cosa de que habla el texto: no queremos encontrar las partes del texto y las relaciones entre las partes del texto, sino queremos encontrar las partes de las cosas estudiadas en el texto y las relaciones entre las partes de esas mismas cosas.

Otro aspecto importante en la lectura de textos científicos, y de otros como los históricos, surge cuando nos damos cuenta, como dicen los semiólogos, que en el lenguaje no hay que atender solamente a los dos elementos famosos llamados *significante* y *significado*, sino igualmente a un tercero llamado *referente*. Expliquemos un poco. El significante se identifica con la palabra o término. En español poseemos, por ejemplo, el término *perro*, en inglés el término *dog* y en francés el término *chien*, en alemán el término *hund*. Los conocedores de estas lenguas, cuando oyen o leen estos términos, captan inmediatamente su significado, a pesar de que como significantes son diferentes. El significado (o sentido) de una palabra designa una *clase* de seres (o de acción o fenómeno), o sea un concepto. Los conceptos hablan siempre de *clases* de seres o acciones. En el caso del ejemplo presente sería a una clase del *género* (en lógica) o *especie* (en taxonomía animal) *caninos*. Todo concepto agrupa a una *clase* de seres, sea más amplia o menos amplia. El concepto es la forma superior de captar el significado. De modo que significante y significado están en una relación como del término al concepto. Teóricamente (al menos según algunas escuelas de pensamiento), podríamos tener significantes para clases de seres inexistentes. Lo importante es que las reglas de la gramática y de la lógica se

mantienen en estas combinatorias. Por ejemplo, es perfectamente comprensible que si todos los tariperes son ebrofrástoles y algunos ebrofrástoles son fufuninos, podamos decir que algunos tariperes son fufuninos, aunque quizá no todos, independientemente de que tariperes, ebrofrástoles y fufuninos existan o no, e independientemente de que los altaicos los llamen con los significantes respectivos de ten, zen y den.

Pero en la práctica, el lenguaje ha surgido para dar cuenta a los demás de nuestras ideas del mundo, de modo que la mayor parte de los significantes corresponden a significados que no son de clases vacías, sino que se refieren a seres concretos en el mundo. Tales significantes pertenecen en general al *pool* o *reservorio léxico* de una comunidad lingüística. Cuando digo *dog* o *perro* comprendo que hablo de, o me refiero a, una *clase* de animales domésticos, aunque en forma coloquial, es ordinariamente para referirme a un perro concreto, por ejemplo, mi perro Nerón. Mi perro Nerón es extralingüístico: no es ni el término perro, ni el término Nerón (tomado en este caso de otro referente histórico), ni tampoco es una clase de seres, un concepto; es simplemente un objeto de conocimiento, un ser o ente, una parte del mundo, un referente particular del término general perro, del término individual Nerón y del significado del concepto /perro/. Ambos, significante y significado, se *refieren* a él. (Naturalmente, al hablar en abstracto, el referente puede ser una clase entera, o mayoritariamente, como cuando digo *el perro es uno de los vivientes más nobles*).

Lo propio del referente es que, a diferencia de los simples significantes y significados, posee un valor de verdad (en inglés: A Truth value. Es decir, son falsos o verdaderos. Ni los significantes ni los significados por sí solos son falsos o verdaderos. Con más propiedad hay que decir que los significantes están combinados mediante unas reglas gramaticales en oraciones. Las oraciones, en cuanto a su estructura gramatical, pueden ser correctas o incorrectas pero en sí no serían ni falsas ni verdaderas. Es en su referencia -cuando las oraciones se refieren a objetos del mundo -que se convierten en proposiciones, las cuales son necesariamente o falsas o verdaderas. Los referentes tienen un compromiso con el mundo. Por lo tanto, las proposiciones no pueden decir lo que les dé la gana. Los textos científicos y otros análogos tienen el propósito de formular proposiciones verdaderas sobre partes del mundo. Entonces hay que leerlos sin jugar con el lenguaje, tratando de captar su valor de verdad. Es por eso que los términos han de ser unívocos. La profundidad de la lectura en este caso pasa por la vigilancia frente a los malabarismos del lenguaje. Por otra parte, hay que vigilar que los conceptos dependan de los referentes, y no a la inversa: que pretendamos encasillar referentes muy diversos en conceptos que no les hacen justicia. Un ejemplo de ese lenguaje inapropiado e injusto es por ejemplo cuando los referentes llamados mujeres son agrupados bajo el concepto de varones incompletos, o en la proposición: A los varones son la semilla, las hembras la tierra. El análisis más exacto de los referentes nos hace cambiar nuestro lenguaje.

Por último, la profundidad de la lectura de este tipo de textos se incrementa cuando notamos que todo ocurre *como si* hubiera una Aarmonía preestablecida entre las relaciones que determinan la forma concreta de ser de los objetos de este mundo y las que rigen nuestro sistema lógico y lingüístico. Aprendemos también incidentalmente lógica (combinatoria conceptual) con ocasión de observar rigurosamente el mundo y expresarnos sobre ello; sin embargo, observamos mejor el mundo cuando tenemos desarrollado un aparato lógico-conceptual. Mientras leemos, esperamos que se confirmen o desconfirman regularidades y que las variaciones en estas regularidades correspondan a variaciones en los referentes. Las ciencias nos van haciendo poco a poco filósofos.

### La lectura de textos jurídicos

Los textos jurídicos se aproximan a los textos científicos, en cuanto que deben mantener en un mínimo la ambigüedad, tanto en cuanto a la influencia de los autores (mayormente en la tradición civilista), en cuanto a los contextos a los que se refieren, como a la atención a los referentes en el análisis (más que al texto en sí). Deben mantener a raya las metáforas. Como los textos científicos, los textos jurídicos están insertos en una red conceptual mayormente lógica y especialmente rígida, con una sola significación.

Pero hay una diferencia básica entre los textos jurídicos y los textos científicos. Y es que en general, los *referentes* de los textos científicos forman parte del mundo real, incluso antes de ser conocidos científicamente.

En otras palabras, son objetos que existen antes que los términos que los definen, que existen antes de que alguien que los conozca haya formado con ellos una clase que los englobe. Por el contrario, los *referentes* jurídicos existen sólo después de que alguien los haya concebido e inventado, o más aun, que los haya convertido socialmente en normas. Si no poseen los elementos definidos en el concepto expresado en la norma, simplemente no son sus referentes, no existen como referentes jurídicos.

Este es el mundo ideal de los hermeneutas: un mundo que *es mundo* solo después de que lo quiero y lo comprendo.

Para leer un texto jurídico, por lo tanto, es imprescindible atender al contexto en que sus referentes tienen validez. Esta observación es especialmente importante en Puerto Rico, sociedad en que los mismos significantes, con significados parecidos -o a veces alternativos- pueden pertenecer a contextos tan diferentes como lo son el sistema civilista o el del “A Common Law”.

### La lectura de textos trascendentes



Hay muchas personas que leen textos que podemos llamar *trascendentes*. Podemos llamarlos así, porque independientemente de las creencias que un observador pueda tener, estas personas se ocupan con temas sobre los fines últimos de la existencia, las realidades no experimentables con el solo pensamiento unívoco, los temas que conllevan sobrepasar el simple pensamiento abstracto para abordar posibles realidades del orden de la intuición, de la fe, de los estados alterados de consciencia, como la intoxicación con sustancias, el éxtasis y otras realidades místicas, dentro y fuera de las religiones. Entre ellas están, pues, también las personas que leen lo que se llama literatura inspiracional, incluso de las religiones más reconocidas y aceptadas. Tal literatura es mayormente de tema religioso, pero no exclusivamente. Por ejemplo, sin dejar de ser literatura de ficción, podríamos considerar que un libro como *El Principito*, de Antoine de Saint Exupéry es también un texto trascendente, y de ahí la fascinación de muchos lectores con estos textos. Los textos que Terry Eagleton<sup>14</sup>, en la estela de William Empson<sup>15</sup>, llama *textos pastorales*, como *Alicia en el país de las maravillas*, participan en cierta manera de la naturaleza trascendente, pues sus aventuras son inventadas y expresiones han sido diseñadas para hacer descubrir, sobre todo a los niños, las relaciones lógicas. Lo mismo sucede en otros textos pastorales de contenido religioso. Por ejemplo, no es literalmente la *sangre* del Redentor la que “limpia” y “salva”, sino la ejemplaridad y eficiencia-por-solidaridad-de-especie del que la derramó por sostener una postura moral. Algunos de los textos más claramente trascendentes son los salmos, tanto los de

la Biblia canónica, cuanto otros que no están en ella, como los salmos de Salomón.

Existe también otro tipo de literatura trascendente, que tiene un público parcialmente segregado, que no solo tiene un conjunto sui generis de valores y de conceptos, sino también un lenguaje bastante especializado. Este grupo suele confundirse, a veces injustamente, con los aficionados a la *pseudociencia*, la cual, a su vez no debe ser confundida con la *ciencia-ficción*, que es solo un sub-género de la literatura general cuyos temas privilegian el mundo de lo científico y lo extrapolan. Me refiero en este punto a textos como el conjunto de la literatura del *espiritismo*, a interpretaciones populares (mayormente occidentales) de saberes no occidentales, y hasta cierta literatura, mayormente no académica, de lo que vulgarmente se llama “metafísica” (no la expuesta en textos académicos) y también textos de inspiración masónica o similar. Lo que tienen de común estos textos es que sus autores, su lectorado, y hasta sus editores no gozan de la confianza de un grupo tan numeroso como los de otras tendencias consideradas más ortodoxas. También estos grupos tienen su cuota de debilidades, pero sería del orden de la necesidad juzgarlos con afectada condescendencia. Los conocedores de la historia de las ideas, de la historia de la filosofía, de la historia de las ciencias saben muy bien que textos de muchos tipos han entrado y han salido, por épocas o por otros paradigmas, de los cánones de la aceptabilidad. Lo que nadie puede olvidar es que la intuición, la fantasía y la creatividad forman parte importante del acervo de recursos intelectuales del ser humano. No he

mencionado otras importantísimas concepciones, como las africanas y afrolatinoamericanas, interesantísimas, principalmente porque las mismas pertenecen más a menudo a la literatura oral. En cuanto a los escritos de movimientos religiosos o espirituales orientales, muchos de ellos se autocualifican como inclusores de dimensiones trascendentes<sup>16</sup>.

La lectura de todos estos tipos de textos, en el estado actual de la consciencia humana<sup>17</sup> exige un cierto nivel de proficiencia en el manejo experto sobre todo de la metáfora. Esto exige algo más que el simple conocimiento declarativo de la naturaleza de lo metafórico, pero para ello han cualificado muchos seres humanos desde los tiempos de los pitagóricos. Son lecturas que suelen exigir, para mayor aprovechamiento, la pertenencia a grupos comunitarios. En todo caso, incluso cuando falta esta experiencia, las consecuencias suelen ser benignas, y suelen traer, para muchos, paz y seguridad. Como en el caso de toda lectura, también para las de este tipo es necesario dejar de lado todo fanatismo.

Los textos trascendentes, para ser entendidos, han de ser enfocados, en su mayoría, como un camino hacia una transformación de la persona, de la sociedad, y de la propia idea del Mundo. Tienen mucho de intelectual, pero más aun de conativo<sup>18</sup>. Este camino puede tomar la forma de la ascesis, en que el sujeto adopta una modalidad activa, o de la mística, que en muchas ocasiones es más bien pasiva, y en la cual, la transformación viene principalmente esperada más exactamente desde afuera (En ella es el ser divino el que origina todo cambio). Ambas exigen la

meditación, o la variante de la contemplación, que sería comparable a una especie de lectura que no necesitara de signos. El signo –como todo en la Realidad– tiene un lado que es valor y un lado que es obstáculo. El lado *valor* del signo consiste en que apunta siempre hacia algo que es más importante que él (que el signo mismo). El signo es *deíctico*, *indicativo*. Debe ser eminentemente *transitivo*, pasar ultra, no puede quedarse en sí mismo. El signo es el Juan Bautista del Mesías: “*Hace falta que Él crezca, y que yo disminuya*”. Por otra parte, el lado *obstáculo* del signo es que su naturaleza más íntima es la *alteridad*. El signo **no es** lo que buscas, pero a menudo lo confundes con lo que buscas. Los *iconoclastas* eran muy sensibles a este lado “protervo” del signo: la seducción de la imagen te impide llegar, más allá de la misma, al imaginado. El camino se vuelve entonces meta, la visión del Absoluto se desvanece. ¡Hay que aprender a leer sin letras!

En cuanto a la comprensión profunda de la literatura estrictamente **mítica**, opino que la lectura de la misma exige una preparación hermenéutica no frecuente en la mayor parte de los lectores. Lamentablemente, hasta gente de gran cultura carece de la preparación suficiente para detectar el carácter mítico de un texto y adoptar la actitud necesaria para su lectura<sup>19</sup>.

## Conclusión

Una lectura de estudio podría conducir idealmente a la creación personal de un nuevo texto por el lector, es decir, a escribir después de la experiencia de haber leído. De esta manera se puede superar la objeción al

aprendizaje por medio de la lectura que expresara Sócrates, aduciendo que los escritos no dan al lector la oportunidad, en la búsqueda de la verdad, de oponer el propio punto de vista al expresado por el emisor primero del mensaje. El mundo ha cambiado desde Sócrates, y hoy es hasta un requisito –a veces también supervalorado cuando se toma como exigencia de toda visión crítica– presentar siempre los textos en su

posición relativa dentro de una supuesta línea existente entre las diversas producciones del discurso humano. Así contribuimos, además, a la dimensión dialógica que debe exhibir, en la historia del saber, el pensamiento humano como proyecto colectivo, en la esperanza de acercarnos a un consenso intelectual –supuesto anhelo socrático– que enderece a la humanidad hacia la búsqueda del bien.

## Notas

<sup>1</sup>**Exhilaración:** No busque esta palabra en el diccionario. La raíz, pegada ya a su prefijo, se encuentra a veces con otros sufijos en nuestros diccionarios, pero con este, solo en inglés o en francés. No obstante, sus significados en estas lenguas me parecen un tanto parciales. Sin embargo la palabra existía ya tal cual en latín, como verbo y como participio o adjetivo, lo que le da al español todo el derecho de reclamar la palabra como propia. Y no se trata solamente de cualquier alegría o goce, sino de un *deleite que distiende*: precisamente, lo que produce la lectura en muchos de los más aficionados y expertos lectores. Si tenemos en cuenta el griego *hilaros* y la forma indoeuropea *sel-*<sup>2</sup> (de donde también procede, interesadamente, el español *solaz*), parece efectivamente que el deleite a que alude esta palabra es el que aviva, relaja, alegra y distiende. (Reflexiones sugeridas por los diccionarios de Chambers, *Dictionary of Etymology*, London, repr. 2010 y de Roberts & Pastor, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua Española*, Madrid, Alianza, 2005)

<sup>2</sup> Thomas G. Palaima, “Sacrificial Feasting in the linear B documents” in *Hesperia* 73 (2004) Univ. of Texas at Austin.

<sup>3</sup>“*hombres de voz articulada*”, exclama el vate para describir la generación humana. Permítaseme un breve excurso sobre ese giro homérico que me fascina. Homero repite cinco veces en la *Iliada*, como embelesado por el descubrimiento de una incomparable ventaja de los seres humanos sobre los demás mortales, un intraducible epíteto griego, aplicable sin embargo a la generalidad de la especie humana, que ensalza a la misma por sobre toda otra criatura. A mi juicio este apelativo hace palidecer la relevancia de todos sus otros, numerosos epítetos: alabanza de los niveos brazos de Hera sobre la belleza de toda otra fémica, de la ligereza de los pies

de Aquileo sobre la agilidad de todo otro guerrero, o de la fama del gran Héctor como domador de caballos; todos ellos, sin duda, hermosos epítetos homéricos. Ese epíteto singular de que hablo, difícil de imitar en otra lengua, lee en griego “*μερόπωνάνθρώπων*”. Los humanos (*ἄνθρωποι*), a diferencia de toda otra criatura, son sin excepción “*μερόποι*”. No se trata pues de un adjetivo especificativo, como parece ser en la traducción arriba mencionada, sino explicativo. Esta palabra poética viene, según el diccionario de Liddell – Scott, de *μέρος* (porción, segmento, miembro– hoy añadiríamos *pieza*) y de *ὄψς* (voz). Por tanto, voz en segmentos significativos, **voz articulada**. Observemos que en ocasiones los adjetivos, y casi siempre las frases en aposición, los epítetos, son mayormente **explicativos**: no agregan ninguna cualidad especial a los sustantivos que modifican (“*solípedos* caballos”, “*etéreas* mariposas”: no hay caballos que no sean solípedos, o sea, de casco no dividido, ni mariposas que no sean leves y etéreas). Así, tampoco hay hombres que no sean de voz articulada. En cambio, otros adjetivos pueden ser **especificativos** (“caballos alazanes”, “*variegadas* mariposas”: porque hay también caballos barcinos, negros o blancos y mariposas monocolors). Lluís Segalà i Estalella (1873-1938) en la versión castellana más conocida, traduce esta expresión griega al español como “*hombres de voz articulada*”, fallando así en poder expresar claramente el carácter universal de esta sublime cualidad humana. No hay hombres que no sean de voz articulada. Para expresarlo bien, es imposible decir en español “los de-voz-articulada hombres” (pero Segalà habría podido mitigar su falla con una sola coma después de la palabra *hombres*). Los hombres se caracterizan por ser vivientes cuya voz es articulada, sintáctica, y solo ellos lo son. Es la excelsa marca de su condición humana, con la cual se proyectan en el mundo de las ideas.

<sup>4</sup>La palabra *discurso* se refiere en lingüística a todo lo expresado oralmente o por escrito por el ser humano, en cuanto es significativo y es muestra de la *cultura* (es decir, de la parte de la Realidad creada por el Hombre). (Zelig Harris, “Discourse Analysis”, in *Language* 28, pp. 1-30 y 474-494)

<sup>5</sup>Existe una larga tradición de escritores que no revelan, en los títulos que adoptan, la esencia de aquello que contendrá lo que bajo ese título aparece. Con ello quieren, por ejemplo, estimular la curiosidad de los lectores a descubrir bajo sus metáforas en los títulos, a menudo nada transparentes, el significado profundo (y oblicuo) de los mismos. Este ingrediente de acertijo, o incluso de misterio, es frecuente entre los clásicos españoles, y en algunos implicaba un tipo de función de ejercicio de la agudeza intelectual de la lectura, que quizás no es hoy tan atractivo, el cual impide el tipo de ejercicio previo que aquí propongo.

<sup>6</sup>Aprovecho el uso de la palabra *conscienciar* (que la Academia escribe solo sin la /s/, a pesar de haber aceptado recientemente las grafías *consciencia* y antes *consciente*) para opinar que es útil distinguir entre *conscienciar* y *conscientizar* como dos vocablos con matices diferentes (por el uso del infijo -iz-). El primero se usaría para referirse a que el **sujeto** de la acción adquiere consciencia de algo. El segundo, cuando el sujeto de la acción busca despertar **en otros** esa consciencia.

<sup>7</sup>Una de las nuevas originalidades de ciertos autores es la supresión o el uso mínimo de la puntuación, como para inducir fuertemente al lector a interactuar en la lectura, proveyendo él mismo elementos pertenecientes a la sintaxis –y por tanto a su semántica– ordinariamente confiados a la puntuación.

<sup>8</sup>Homero hace a menudo que los héroes lleguen en carro hasta el lugar de la batalla, y una vez allí, se bajen del mismo para combatir.

<sup>9</sup>Hay una información inicial sobre estos temas en el número de **Ceiba**, Año 11, Núm. 1, pág. 55: *El conflicto de los saberes*, por José R. Villalón.

<sup>10</sup>La etimología de esta palabra *in - e- fable*, indica la inexistencia, en el habla, de palabras apropiadas para expresar una idea o una vivencia.

<sup>11</sup>Un ejemplo: Homero quiere elevar la intensidad y relevancia del momento en que por primera vez presenta a los dos ejércitos enfrentándose en orden de batalla –como un momento cumbre, quizás de la historia humana– al acumular seis diferentes símiles antes de empezar a describir pormenorizadamente el cuadro de los participantes. (2ª parte del canto II, “*Catálogo de las naves*”). Los expertos reconocen estas señales también en los escritos de los místicos españoles.

<sup>12</sup>Ver, por ej. Jean Cohen, en su libro *Estructura del Lenguaje Poético*. (Gredos, 1970).

<sup>13</sup>Performance: Palabra castellana consignada en el gran *Diccionario del español actual* de Seco, Andrés y Ramos, Madrid, 1999 (Santillana). En el performance **en vivo**, a diferencia de las otras dos instancias, la vivencia creadora es simultánea con el producto bello.

<sup>14</sup>Eagleton Terry, *Literary Theory. An Introduction*, Minneapolis (U. Minnesota Press) 1983 (págs. 51 a 53).

<sup>15</sup>Empson, William, *Seven Types of Ambiguity* (1930) Ed. consultada, New Directions, NY 1966 y *Some versions of Pastoral*, (1935) Ed. Consultada: New Directions Paperbook, NY 1974 (Ahora también ambos en Internet – Google Books, bajo ese autor y esos títulos)

<sup>16</sup>En el budismo moderno hay un amplio debate sobre La existencia de trascendencia en esta filosofía. Para algunos, el nirvana es solo carencia total. Otros desarrollan toda una teoría sobre la naturaleza de lo trascendente. Cf. porej., <http://zennist.typepad.com/zenfiles/2012/12/the-subject-of-transcendence.html>

<sup>17</sup>En nuestra cultura Occidental moderna, y progresivamente en otras culturas, estamos constantemente siendo “bombardeados” por la abrumadora artillería argumentativa de las disciplinas que exigen y se limitan al pensamiento unívoco, como las ciencias, hasta el punto de haber perdido la capacidad de percibir la sutileza, la magia y la creatividad de los pensamientos metafóricos y míticos.

<sup>18</sup>Uso la palabra *conato* para referirme a *todo* impulso del ser humano a la acción: reflejo, instintivo o racional. Sustituye en parte al término *voluntad*, utilizado abusivamente para referirse al principio motor de la acción humana. Más a menudo de lo que pensamos, nuestras acciones combinan estos tres elementos. La persona atenta a lo trascendente experimenta a menudo la presencia de lo que le aparece y es expresado como “energía cósmica”, como “sentimiento oceánico”, como “libido sublimada en éxtasis”, como “pasión de Absoluto”, etc.

<sup>19</sup>Para el entendimiento de textos míticos podría ser útil consultar mis artículos “*Uso crítico del pensamiento mítico*”, en **Creemos**, Revista Hispanoamericana de Desarrollo humano y Pensamiento, Año XII Núm. 3 y “*El conflicto de los saberes*”, en **Ceiba**, 2ª época, Año 11 (2012), pp. 55 a 72. Para acceder a estos textos, puede comunicarse conmigo: [jrvillalon@gmail.com](mailto:jrvillalon@gmail.com)